





## UNA COMEDIA CASERA

Sin un cuarto en el bolsillo ni esperanzas de tenerlo, buscando en mi cerebro un argumento mas ó menos completo para una comedia de costumbres que queria escribir, y parándome en uno y otro escaparate, paseaba no ha muchas noches por la calle de Granada, cuando sentí en mi hombro una palmada mas que regular, propinada sin duda alguna por una mano perteneciente á un forzado individuo del sexo feo.

Ante saludo tan intempestivo como poco atento, volví el rostro y hallé á mi amigo Leopoldo, chico de 17 años, presumido como él solo y trovador *in perpetuum* de todas las bellezas de la malacitana tierra.

—A dónde marchas? me preguntó.

—Voy sin rumbo fijo, le contesté.

—Tal vez existirá por ahí cerca alguna elegante á quien dedicarás por esta noche tus miradas.

—Nada de eso; estaba matando el tiempo como vulgarmente se dice, hasta las ocho y media, hora en que he quedado citado con Paco.

—Pues mira, déjate de citas y vente conmigo.

—A dónde?

—Ya lo verás, hombre, vente.

—Esperaremos á Paco.

—Bien, lo esperaremos.

No habian trascurrido cinco minutos cuando Paco apareció por la esquina de la calle, y acto seguido Leopoldo se espresó de la siguiente manera.

—Señores, esta noche á las nueve se vá á representar una comedia en casa de D.<sup>a</sup> Restituta Fuentidueñas. Vamos allá, pues creo que pasaremos un rato agradabilísimo.

—Yo no la conozco, dije.

—No importa, yo os presentaré á los dos, pues dicha señora admite toda clase de presentaciones.

—Vamos allá, le contestamos Paco y yo.

Sin detenernos un instante y en animada conversacion, nos encaminamos hacia la calle Z... donde estaba situada la casa de D.<sup>a</sup> Restituta.

Antes de pasar mas adelante debo hacer el retrato, mas ó menos parecido, de la dueña de la casa.

Era una señora de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, con un peso neto de nueve arrobas y un pico nada escaso de libras, con ojos negros, al parecer, pues eran tan pequeños y se hallaban tan escondidos entre dos redondas masas de carne, que solo con el auxilio de un microscopio pudieran analizarse detenidamente. Su cabeza era un elevado promontorio de cabello formado con trenzas, bucles y rizos, que por sus distintos matices demostraban no haber pertenecido siempre á su actual poseedora; la nariz era corta y aplanada, la boca grande en demasía y el color de su rostro no podia definirse á causa de la lluvia de polvos de arroz que sobre el albayalde y el carmin habia descargado, formando manchas, como el mas bien editado mapa geográfico.

Pues bien, esta muestra de decadencia del bello sexo, fué la primera persona que vimos apenas penetramos en la casa.

Despues de una doble presentacion un tanto *cur-si*, la dueña nos invitó á entrar en la sala-teatro, la cual se encontraba ya ocupada por una concurrencia no tan escogida como numerosa.

La sala era cuadrada y en el centro existia el llamado Teatrito, arreglado segun se nos dijo por un cesante de la Administracion Económica, aspirante en un tiempo á partiquino de una compañía de zarzuela de tercera clase.

La señora, siempre amable, me colocó en medio de una jamona con pretensiones de pollita inocente, y de una mamá muy flaca y rematadamente *cur-si*. Mis amigos fueron colocados mas delante y con otra vecindad muy idéntica á la mia.

—Ha visto V. que *concurrente* está esto, me dijo la mamá.

—Oh! mucho... le repliqué.

—V. verá que muchachos los que trabajan, cada uno vá á ser un Calvo... Si Vd. hubiera visto la representacion de *D. Juan Tenorio*... era una cosa magnífica... no he llorado yo en mi vida mas de lo que lloré aquella noche...

—Ya supongo.

—Y el que hacia el papel del comendador? Vamos, si no quiero acordarme!

—Y qué funcion hay anunciada para esta noche?

—*O Locura ó Santidad* y un drama hecho por uno de los que trabajan...

—Ya...

En esto, tres golpes dados en un almirez, suspendieron nuestro diálogo, y al mismo tiempo la cortina encarnada que hacia veces de telon se corrió lentamente, pero no hacia arriba, sino hacia la derecha.

La escena representaba mas bien que el despacho de un sábio como D. Lorenzo de Avendaño, el chirivital de un portero. En vez de chimenea existia un perol forrado de papel por sus bordes; en vez de estante dos tablas, un tanto viejas, sobre las que se veian media docena de devocionarios y libros de semana santa. Un jóven sentado en una silla de Vitoria tenia en su mano un libro en pergamino, en el cual empezó á leer apenas mitigados los aplausos con que el público saludó su presentacion.

El primer acto pasó sin mas averías que la caida de uno de los bastidores sobre el aficionado que desempeñaba el papel de D. Tomás y la caida del cabello postizo que lucia la Duquesa.

Al final del acto los actores fueron llamados á la escena, y al saludar al público el protagonista, se hizo tanto hacia atrás que dió contra la decoracion, viniendo ésta al suelo con un estrépito mas que regular.

En el segundo acto, la dama jóven que se hallaba distraida mirando á cierto pollo, ayudante de peluquero que en el salon estaba, olvidó su papel y tuvo que rogar al apuntador que empezase la escena de nuevo, lo cual se hizo.

En el último, uno de los loqueros tropezó y saltándose del proscenio fué á dar sobre la falda de



una vieja que toda ruborosa dió un grito y produjo la consiguiente consternacion.

Si fuéramos á reseñar las equivocaciones que en la obra hubo, no tendríamos tiempo suficiente: allí todo se dijo menos lo que Echegaray habia pensado.

Mi vecina, la mamá, habia estado llorando toda la representacion, y la jamona no hacia mas que hablarme de la buena figura del galan jóven, sobre la barba del primer actor, sobre lo simpático que le era el característico y sobre las coqueterías de la primera dama.

Al acabar la *ejecucion* de la obra, mi vecina de la derecha gritó...

—¡Magnífico... sorprendente... oh!... ah!... esto es delicioso... de aqui al cielo... ah!... oh!... le gusta á V?... ¿verdad que esto es trabajar?

Y mientras que estas frases me decia, me pegaba con el abanico ciertos cariñosos golpes en las rodillas que no me hacian nada feliz.

Mientras tanto la jamona queria enterarme de la vida y milagros de todas las Evas que existian en el salon, enumerando uno por uno sus defectos y olvidando por completo sus perfecciones.

En esto el telon se corre de nuevo y un jóven con una levita sumamente larga, sin puños de camisa y con un cuello alto, de color bastante parecido al de la levita, anunció que se iba á representar un drama en un acto y en verso endecasílabo, original del jóven D. Braulio Millones y Garcíar, galan jóven de la compañía y mancebo de una acreditada botica.

La obra empezó, representando la escena un camposanto, en medio del cual habia una mesa con un ovillo de hilo, que figuraba ser un huevo, y un plato con bellotas que no sé lo que tratarian de imitar.

Un galan, nada galan, envuelto en una bata de señora y con una peluca de estopa y un cucurucho, empezó diciendo los siguientes versos, segun allí se les llamaba.

Astrólogo sin par, al mundo bajo  
con el fin sacrosanto, fiel, sincero,  
de ocupar mi afición y mi dinero  
en descifrar el sino del trabajo.

—¡Bien, muy bien! dijeron diez ó doce voces, y el actor continuó.

En este misterioso camposanto  
de cráneos y de tumbas al *redor*,  
trabajo con fatiga y sin descanso  
con mucha voluntad y sin calor.

—Que salga el autor! que salga el autor! gritaron á compás varios concurrentes.

El autor salió y haciendo un saludo, volvió á entrar entre bastidores.

En esto una descarga de poesías lanzadas desde el salon por D.<sup>a</sup> Restituta, cayeron entre el proscenio. A mis manos llegaron varias, una de las cuales decia así:

A tí genio refulgente  
honra de hispano proscenio,  
noble y sacrosanto ingenio  
de luz brillante y potente,  
á tí que eres alegría  
del Parnaso celestial,

á tí númen primordial  
te dedico esta poesia  
que es mia.

*Lázaro Porrquilla.*

Como para muestra basta un boton, suprimo los demás y sigo relatando lo sucedido en aquella reunion ejemplar y merecedora de reseña.

Acabada la lluvia de poesías, la obra continuó y de nuevo salió el autor, arrojándole el público coronas hechas con laureolas y brascos y palomas. Una de ellas fué arrojada con tan mala suerte, que dándole en la cara al desdichado mancebo, le saltó un ojo, y el infeliz perdió el sentido.

Al ver caer al novel vate se promovió un alboroto tremendo, y yo, aprovechando la ocasion, escapé con mis amigos, prometiendo no asistir jamás á representaciones caseras.

Mas tarde he sabido que D.<sup>a</sup> Restituta desea poner ahora en su teatrillo *La Pata de Cabra*, y ella vá á desempeñar el papel de Leonor.

Hoy he recibido una comedia impresa titulada: *El Astrólogo Jose-Bendelid, ó el Cementerio de Catasulta ó la deshonra de Cleopatra, emperatriz del Egipto y amante Antonio, el cónsul romano*, original y en verso endecasílabo, por D. Braulio Millones y Garcíar, mancebo de botica.

El título ha sido bastante á desmayarme, y sin leer la comedia la he arrojado al fuego con el deseo de purificarla.

Cuando se fije día para la nueva reunion de D.<sup>a</sup> Restituta, se lo participaré á ustedes, amables lectores, por si desean probar la verdad de esta aventura.

JUAN SIN TIERRA.

## LO MISMO HARIA!

Un sugeto, casado con una muger muy parlanchina y entrometida, estaba leyendo un día en la Santa Escritura, y llegó á un párrafo en que se decia que un hombre, por castigo de sus pecados, fué poseído por un demonio mudo.

Entonces el devoto, con todo el ardor de su alma, se arrodilló, diciendo:

—¡Dios mio! Si un demonio de esta clase se apodera de mi muger, yo lo sufriré con toda paciencia y resignacion.

Yo.

## RITMO

(TRADUCCION DE HEINE)

Aunque burlona sonrisa  
En mis labios siempre vaga,  
Está la risa en mi boca,  
Está la muerte en mi alma.  
Y en tanto que de esos labios  
Burlonas frases se escapan,  
Ellos, que adoran y rien  
Ocultan miseria y lágrimas.

*José M.<sup>a</sup> Crouzeilles.*





JUAN OLIVA MONCOSÍ

AUTOR DEL ATENTADO CONTRA S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

Deseosos de dar la mayor animación y variedad posible á nuestro semanario, publicamos hoy el retrato del tristemente célebre Juan Oliva Moncosí, autor del atentado contra la vida de nuestro augusto monarca D. Alfonso XII.

Este joven, que apenas cuenta 23 años de edad, nació en Cabra, provincia de Tarragona, el 15 de Noviembre de 1855, de padres honrados. Mal estudiante, abandonó la carrera literaria que pretendían darle sus padres, uniéndose en matrimonio á una joven, contra la voluntad de los mismos, y teniendo entonces que trabajar para atender á sus obligaciones.

Exaltada su fantasía con la lectura de libros y periódicos socialistas, se inscribió en la Internacional, concien-

biendo poco después el horrible crimen que hoy le tiene al pie del cadalso, para lo cual fué á Madrid con algunos días de anticipación á la entrada de S. M.

Oliva Moncosí tiene una hija de corta edad, y parece mentira que ese ángel del hogar no le haya hecho desistir de un crimen tan horrendo é indigno, que nada puede justificar, pues ni la pasión política debe jamás conducir á ese extremo, ni el asesinato, cobarde y alevé, de un monarca, es suficiente ni puede servir para cambiar una forma determinada de gobierno.

Nosotros, que compadecemos al criminal, pedimos para él, sin embargo, todo el rigor de las leyes, á fin de que sirva de saludable enseñanza en lo por venir.



# CUESTION DE GUSTOS



Abonado al Principal.

Partidario de Cervantes.



## MÁLAGA

Gran semana: no podremos quejarnos los revisteros por falta de asuntos, pues los ha habido y en grande.

Carreras de caballos; tiro de pichon; un pintor repentista; la inauguración de la compañía italiana en el Principal; *debut* del tenor Prats en Cervantes; llegada de Mr. Ulises S. Grant, presidente que fué de los Estados-Unidos, y hoy es un caballero particular, y que sé yo cuantas cosas mas.

Pero vamos por partes.

En las carreras de caballos hubo los dos días, poquísima concurrencia; verdad que la que había,—hablo de las señoras,—no podía ser mas distinguida y elegante, y esto era una compensación, pero una gran compensación.

Muchos quieren justificar la indolencia del pueblo malagueño con la distancia que hay al hipódromo y los precios excesivos de los carruages de alquiler. Esto podra influir mucho, pero yo no lo acepto como disculpa.

En Málaga hay una infinidad de familias que tienen carruaje propio, y que, sin embargo, no fueron ningún día á las carreras.

Y esto es imperdonable.

Tanto mas, cuanto que á las carreras no se va solo por ellas; se va tambien por ver la gente, por estar en sociedad, por reunirse, en fin, y hablar y pasar el día agradablemente.

Yo comprendo que el padre de familia que no tiene carruaje y que ademas no es rico, no vaya; pero el que tiene trenes y dinero y no va, es digno de... no ir; porque despues de todo «cada uno hace de su capa un sayo».

Yo lo siento por Málaga, que por ellos no me da un ardite.

Yo fui ambos días y lo pasé muy bien, porque las carreras han sido animadísimas y llenas de peripecias.

Tambien fui el lunes al Tiro de pichon.

Este día hubo menos señoras que en los días anteriores, pero no eran menos distinguidas ni menos bellas ni menos elegantes las que asistieron.

La *poule* fué defendida calurosamente por todos; y aunque el día era poco favorable para los tiradores, por el mucho viento que corría en el hipódromo, se hicieron buenos tiros, especialmente Tomas y Luis Heredia, que mataron seis pájaros de ocho, Fernando Heredia, siete de nueve, y Rafael Casado ocho de nueve, adjudicándosele por lo tanto, el premio, mas el valor de las escopetas, compradas la noche anterior en el Circulo Malagueño, y que montaba á una cantidad respetable.

Hubo animación en las apuestas particulares, que se hicieron en libras esterlinas por lo general.

Despues de la reseña que de esta diversion hace *El Mediodía*, dice lo siguiente:

«Terminada la *poule*, obsequió el señor don Tomás Heredia Grund á los concurrentes con un delicado y espléndido *lunch*. Los pichones muertos fueron regalados á la «casa de las Hermanitas de los pobres, como obsequio y recuerdo á la ancianidad indigente que allí se asila».

Nada mas noble y generoso que asociar la miseria á nuestras diversiones.

Ahora hablemos de teatros.

Bien notable es el pintor repentista Mr. Gautier, aunque á mí no me ha causado tanta sensación, porque yo he visto en Sevilla pintar un paisaje en tres cuartos de hora.

Verdad que este lo hace en cinco minutos, lo que es mu-

cho mas breve; por eso uni mis aplausos á los del público, y por eso hoy le tributo este sincero elogio.

Y ya que me ocupo de Cervantes diré algo del tenor Prats, cuyo *debut* ha tenido lugar dentro de mi jurisdicción; quiero decir, de mi semana.

Prats es un buen tenor de zarzuela: ha perdido algo en extensión de voz, pero ha ganado en gusto.

Si en la zarzuela hubiera escuela de canto, diría que Prats tenía buena escuela.

Cantó *Marina* con afinación y buen gusto, y yo me alegré de que le aplaudiera el público, porque lo mereció.

Y vamos ahora con el teatro Principal.

Decir que en la compañía no hay ninguna eminencia, ni aun siquiera una notabilidad, es cosa escusada; sin embargo, las funciones se hacen sumamente amenas y entretenidas.

Maria Frigerio canta bien, y en el género á que se ha dedicado raya á buena altura, porque tiene gracia natural y su voz se presta mucho para esa clase de música.

Ficarra la acompaña admirablemente, y el resto de la compañía marcha al unísono, formando un conjunto agradable, que consigue arrancar aplausos.

En el género bufo no puede ni debe pedirse mas, y creemos que los empresarios han tenido buen acierto al elegir esta compañía y que harán negocio.

Mas vale así.

Despues de yo no sé cuanto tiempo como hace que se le estaba esperando, llegó el lunes á esta ciudad el ex-general Grant, ex-presidente de los Estados-Unidos de América.

Mr. Grant,—puesto que al ser elegido presidente perdió su grado en el ejército, y al dejar la presidencia dejó el dictado de Excelencia,—viene acompañado de su esposa, y hace dos años que se encuentra viajando por Europa, recibiendo en todas las capitales que visita la mas benévola acogida por parte de los soberanos y gefes de Estado.

Encontramos esta conducta muy digna de aplauso, y lo único que sentiremos es que á Mr. Grant se le ocurra escribir sus impresiones de viage, cuando regrese á su patria, y que nos ponga como un trapo.

Estamos ya tan acostumbrados á la ingratitud *yankee*, que nada puede cogernos de sorpresa.

Pero mas vale pecar de benévolos que de groseros, y así, bienvenido sea á Málaga el héroe del 15<sup>th</sup> *amendment*.

GIBRALFARO.

## CORRESPONDENCIA

Srta. D.<sup>a</sup> A. de M.

Dado caso de poseer V. el idioma francés, le recomiendo «Le Moniteur de la Mode», de Paris; y si no «El Correo de la Moda», que se publica en esta corte.

Ambos son notables por sus dibujos y figurines, así como por sus patrones, y muy especialmente por la parte literaria, que es amena y notable.

ISOLINA DAIGRÉ.



## CARRERAS DE CABALLOS

## Primer día.

Con escasa concurrencia, aunque el día se presentaba bello y templado, verdadero día de Otoño, pero con gran animación entre los *sportmen*, por los caballos inscritos y las penalidades consignadas, tuvieron lugar el 16 las carreras del primer día en la presente reunión de Otoño.

La concurrencia de señoritas era escogida, si bien poco numerosa, viéndose allí reunido cuanto de mas bello y elegante encierra Málaga, haciéndose notar algunas *toilettes* de invierno elegantísimas y del mejor gusto.

1.<sup>a</sup> carrera.—Premio de la sociedad, Rvn. 3.000. Distancia 1.500 metros.

A la una en punto sonaba la campana, y pocos momentos despues se presentaban en la pista los caballos inscritos, excepto *Baccarat*, de Larios (Gibraltar) que se retiró de la lucha.

Fate, Mr. Pemdís. . . . . 127 T. Heredia, hijo. 1  
Hermosilla (a. Desdémona). . . 160 F. Heredia. . . 2  
Lucero, R. H. Davies. . . . . 150 Everett. . . . . 3

Tomaron parte además Solitario, de T. Heredia, hijo; Gaditano, de E. Heredia; y Belem, de T. Heredia, hijo.

Era favorito *Hermosilla*, que también llevaba la cuerda, disputándose el premio esta yegua y *Fate*, ganando el último por un cuello, a causa de una desviación que hizo la primera, al aproximarse a la meta.

2.<sup>a</sup> carrera.—«Criterium» de Otoño. Premio Rvn. 3.000. Distancia 1.600 metros.

Trovador, R. H. Davies. . . . . 180 Everett. . . . . 1  
Mercy, T. Heredia, hijo. . . . . 185 Cap. Luxford. . . 2

Fate, de Mr. Pemdís, se retiró antes de la lucha.

Desde el primer momento fué favorito *Trovador*, tanto por las cinco libras de peso que llevaba de menos, cuanto por la fama de que viene precedido. Arrancó con ventaja de la cuerda, que supo conservar durante toda la carrera, y ganó fácilmente por dos cuerpos de caballo.

3.<sup>a</sup> carrera.—«Cosmos» Rvn. 4.000. Distancia 1.500 metros.

Barbiere, R. H. Davies. . . . . 140 Cap. Luxford. . . 1  
Trovador, del mismo. . . . . 121 Everett. . . . . 2  
Babieca, T. Heredia, hijo. . . . . 119 dueño. . . . . 3

Hermosilla (a. Desdémona) de F. Jem, se retiró.

*Barbiere*, que era favorito, llevaba la cuerda que supo conservar todo el tiempo, estando indecisa la victoria hasta la entrada en la recta, que se adelantó sobre *Trovador* un cuerpo de caballo, y éste otro sobre *Babieca*, corrido magistralmente por su jinete.

4.<sup>a</sup> carrera.—Grand Handicap. Rvn. 6.000, del Excmo. Ayuntamiento. Distancia 1.600 metros.

Hermosilla (a. Desdémona). . . 157 F. Heredia. . . 1  
Sorrow, T. Heredia, hijo. . . . . 137 dueño. . . . . 2  
Babieca, del mismo. . . . . 161 Cap. Luxford. . . 3

Además corrieron Jardinero, de P. Larios; Lucero, de R. H. Davies; Gaditano, de E. Heredia, y Fate, de Mr. Pemdís.

Era favorito *Lucero*, mas *Hermosilla*, que obtuvo la cuerda, supo conservarla tan admirablemente, que entró el primero, ganando a *Sorrow* por medio cuerpo de caballo y ésta a *Babieca* por cuerpo y medio.

5.<sup>a</sup> carrera.—«Omnium». Premio del ministerio de Fomento. Rvn. 3.000 y el importe de las matriculas. Distancia 2.000 metros.

Mercy, T. Heredia, hijo. . . . . 157 Cap. Luxford. . . 1  
Baccarat, P. Larios. . . . . 152 Mr. Green. . . . . 2  
Hermosilla, (a. Desdémona). . . 167 F. Heredia. . . . 3

Se retiró *Trovador*, siendo favorito *Mercy*, que ganó fácilmente por cuatro cuerpos de caballo, entrando tercero *Hermosilla*. Esta carrera sumamente disputada no se decidió hasta la entrada en la recta.

## Segundo día.

Con un día mas espléndido, si cabe, que el anterior, y con una temperatura agradabilísima, puesto que una li-

gera brisa de Poniente refrescaba algun tanto los ardorosos rayos del sol, tuvieron lugar el domingo las segundas carreras de caballos de la presente reunión de Otoño.

La concurrencia era poco mas numerosa que el sábado, notándose gran animación en las apuestas, especialmente en las particulares, pues aun cuando ninguna montó a cantidad exagerada, se hicieron frecuentes las de cincuenta duros. En las llamadas «mútuas», se hicieron también de veinte a veinticinco duros, si bien las mas generales eran de uno y cinco pesos.

1.<sup>a</sup> carrera.—Premio de S. M. el Rey. Un objeto de arte. Distancia 1.600 metros.

Corrió solo *Mercy*, de T. Heredia, hijo, con 122, que montaba su dueño, por haberse retirado *Trovador*, de R. H. Davies.

2.<sup>a</sup> carrera.—Premio de la Vega. Rvn. 4.000. Distancia 2.000 metros.

Solitario, T. Heredia, hijo. . . . 125 Sanchez. . . . . 1  
Fate, Mr. Pemdís. . . . . 125 T. Heredia, hijo. 2  
Lucero, R. H. Davies. . . . . 140 Everett. . . . . 3

*Hermosilla* (a. Desdémona), que era favorito y obtuvo además la cuerda, perdió esta carrera por el enorme peso que llevaba, el cual no podía resistir en los últimos 500 metros de la pista. Ganó *Solitario* por un cuerpo de caballo, siendo corrido por A. Sanchez, *jockey* del señor Heredia, hijo, que hacia sus pruebas en este día.

3.<sup>a</sup> carrera.—Premio Rvn. 4.000 Distancia 1.000 metros.

Barbiere, R. H. Davies. . . . . 145 Everett. . . . . 1  
Babieca, T. Heredia, hijo. . . . . 120 Sanchez. . . . . 2  
Hermosilla, (a. Desdémona). . . 167 F. Heredia. . . . 3

Corrieron además Babieca, de R. H. Davies; Sorrow, de T. Heredia, hijo; y Gaditano de E. Heredia, retirándose *Trovador*, de Davies, y Jardinero, de P. Larios.

*Barbiere*, que era favorito, ganó a *Babieca* por medio cuerpo de caballo, entrando inmediatamente detrás *Hermosilla* (a. Desdémona), quien apesar de la anterior carrera, cumplió en esta como animal noble y de sangre.

4.<sup>a</sup> carrera.—Premio de la señoras. Una copa de plata. Distancia 1.500 metros.

Mercy, T. Heredia, hijo. . . . . 140 Cap. Luxford. . . 1  
Barbiere, R. H. Davies. . . . . 170 Everett. . . . . 2  
Solitario, T. Heredia, hijo. . . . 130 dueño. . . . . 3  
Gaditano, E. Heredia. . . . . 110 dueño. . . . . 0

*Barbiere* fué el favorito, adelantándose *Gaditano* con gran facilidad en la primera mitad de la pista, y perdiendo despues terreno hasta dejar paso a *Mercy* y *Barbiere*, que lucharon tenazmente, ganando el primero por un cuerpo de caballo.

Aun cuando este premio consistía en una copa de plata, como quiera que la brevedad del tiempo de que podía disponerse no era suficiente para encargarla a París ó Londres, se substituyó con la suma de 3.000 reales en efectivo.

5.<sup>a</sup> carrera.—Compensación. Rvn. 2.000. Distancia 1.000 metros.

Babieca, T. Heredia, hijo. . . . . 140 Cap. Luxford. . . 1  
Sorrow, del mismo. . . . . 135 dueño. . . . . 2  
Baccarat, P. Larios. . . . . 146 Mr. Green. . . . 3  
Gaditano, E. Heredia. . . . . 110 dueño. . . . . 0  
Lucero, R. H. Davies. . . . . 150 Everett. . . . . 0

Esta carrera, una de las mas bonitas de la presente reunión, fué ganada, despues de varias interesantes peripecias, por *Babieca*, que luchó en la recta con *Sorrow*, obteniendo la ventaja por un cuerpo de caballo.

C. FRANQUELO.

(De El Mediodía).

## PASATIEMPO

## CHARADA.

Si quieres 3.<sup>a</sup> ó 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, 1.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup> y malo, el Topo te lo dará en su 2.<sup>a</sup> tras 1.<sup>a</sup>



## TRES ERAN, TRES...

### BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuacion)

Si D. Modesto hubiera sido susceptible de incomodarse alguna vez, aquella osadía lo hubiera sacado seguramente de sus casillas.

—Está bien, señora, dijo ya un poquito nervioso; y volviéndose á su muger, añadió:

—Eufrasia, reúne tu ropa, métela en los baules y vámonos á la fonda; ya que ésta no es mi casa, yo pondré otra para nosotros solos.

D.<sup>a</sup> Gertrudis comprendió de seguida que había ido demasiado lejos, y plegó velas.

—No, señor, dijo, no tiene V. porque irse: yo seré la que me iré, puesto que se me echa en cara el pan que cómo de limosna; y D.<sup>a</sup> Gertrudis, cosa inaudita, rompió á llorar.

—Mamá, por Dios... dijo Eufrasia conmovida.

—D.<sup>a</sup> Gertrudis, usted está en su casa y manda en ella como dueña absoluta, pero no está bien dejar á sus hijos sin comer.

—Nada, nada, yo me iré, ya que solo encuentro ingratos.

Gracias á la buena pasta de D. Modesto, y gracias á las buenas condiciones de Eufrasia, se arregló todo: mandaron á la fonda por comida, y después se marcharon todos al teatro para indemnizar á D.<sup>a</sup> Gertrudis del disgusto que había pasado por quedarse en Madrid el día anterior.

### CAPÍTULO VI.

#### Golpe teatral.

Durante algun tiempo se volvió á la vida tranquila del hogar: y digo tranquila refiriéndome al matrimonio, pues en cuanto á D.<sup>a</sup> Gertrudis seguía tronando en gefe, regañaba á todo el mundo y cambiaba de criados como de camisa.

Las escapadas matrimoniales se hicieron imposibles por el estado interesante de Eufrasia, con gran contentamiento de su madre, que veía así asegurado su porvenir, y sobre todo tenía la seguridad de que sus hijos no se divertirían sin ella.

D. Modesto, que no cabía en el pellejo de satisfacción y alegría, al pensar que pronto sería padre, se hacía mas y mas casero, y ya no se separaba un instante de su muger, la cual le agradecía con toda el alma tanto afecto, porque en realidad las pocas horas de expansión que disfrutaba la pobre enferma eran aquellas en que se encontraban solos los dos esposos, y hacían mil castillos en el aire sobre su hijo, al cual veían ya grande y robusto.

Muchas veces que entretenidos en tan sabrosos coloquios eran sorprendidos por D.<sup>a</sup> Gertrudis, llevaba ésta su mal genio hasta el extremo de regañarles aquellas inocentes expansiones, llamándoles

románticos y soñadores; pero ellos no le hacían caso, y apenas la vieja volvía las espaldas seguían entusiasmados hablando de sus *asuntos*, como ellos decían, con las manos enlazadas.

Eufrasia preparaba con sus propias manos la canastilla para el recién nacido, y el día que por algun asunto de interés pisaba la calle D. Modesto, volvía lleno de gorritos, moñas, fajas, baberos, que sé yo: vez hubo que trajo un sable y un tambor, por si era varon, y una muñeca y una cocina completa, por si era hembra.

Inútil es decir que cada una de estas cosas era un nuevo motivo de disgusto para D.<sup>a</sup> Gertrudis y una nueva ocasión para pegar con todo el mundo.

Llegó el plazo fatal fijado por la naturaleza: y ¡desgracia inaudita! á pesar de los esfuerzos de la ciencia, murió Eufrasia, llevándose al otro mundo el fruto de sus entrañas.

Pintar el dolor y la desesperación de D. Modesto, sería imposible. Su alma se había abierto á las expansiones del amor y había llegado á crearse un mundo tan lleno de encantos, tan dichoso, que al verlo desaparecer, como desaparece en la atmósfera la pompa de jabon creada por la fantasía del niño, se abismó en el dolor, y cayó enfermo.

Ocho días estuvo luchando con la fiebre: el delirio no le abandonaba un solo instante, y su imaginación embotada por el sufrimiento, solo veía imágenes espantosas y cataclismos horribles, que se traducían por palabras incoherentes y gestos amenazadores. Su robusta naturaleza venció al fin el mal, y tuvo un momento de lucidez: entonces comprendió todo lo triste de su situación, y rompió á llorar; aquel benéfico rocío le salvó, puesto que pudo desahogar la amarga pena que embargaba su espíritu.

Terminada su convalecencia, dispuso un viaje. Quería alejarse de aquellos sitios que le recordaban á su amada Eufrasia, y el médico le aconsejaba los puros aires de las montañas gallegas.

D.<sup>a</sup> Gertrudis comenzó á hacerle carantoñas para que la conservara á su lado, como ama de llaves siquiera; pero D. Modesto no tenía buenas acciones de ella, en primer lugar, y en segundo, su presencia era un recuerdo perenne de Eufrasia. Le dió una suma muy decente, le regaló muchos muebles y ropa, le dió un abrazo, y se marchó.

D.<sup>a</sup> Gertrudis tuvo pues, que alquilar un pisito, y allá se fué de nuevo á vivir de su pensión.

No teniendo á quien regañar había comprado un gato y un papagayo, á los cuales regañaba veinte y cuatro horas diariamente, pero ninguno de los dos le replicaba, y ella se hacía la ilusión de que era obedecida ciegamente.

FIN DE LA PRIMERA PARTE